

Un poco acarameladamente podríamos concluir esta parrafada, sin llegar a ser demasiado cursis, afirmando que la vida es así.

### «Congreso en Estocolmo», toda una novela

Ultimamente es costumbre que las criadas de los/las artistas escriban sus memorias y que las amantes de los grandes personajes políticos salten a las primeras páginas de la prensa e, incluso, que opinen sobre política y otros problemas a la luz del día. De eso a que existe algún grado de inteligencia en tales personajes suele haber un abismo. Por eso, cuando un intelectual sobresaliente en su terreno salta a otro terreno del espectro social puede incluso llamar la atención, pero no por algún afán de notoriedad, como en el caso/casos antes anotado. Lo que sucede es que para saltar de un terreno a otro hace falta inteligencia, y de inteligencia, la verdad, no estamos muy sobrados por estas autonomías, ni lo hemos estado en épocas republicanas, dictatoriales, frentepopulistas o franquistas, cuando un individuo gallego casi casi prohibió hablar gallego en Pontevedra. La vida es así.

«*Congreso en Estocolmo*»<sup>3</sup> es una buena novela. Todo tiene lugar cuando Miguel Espejo (¿el propio Sampedro?) llega a, o aparece en, Estocolmo para participar en un Congreso científico con participación de los más importantes matemáticos, físicos, etc. de todo el mundo. Espejo, catedrático de matemáticas en Soria, acude al Congreso como por libre gracias a una invitación especial, pero sin formar parte de la Delegación Española. Por eso, afortunadamente, llega solo a tales latitudes. «El avión descendía rápidamente hacia el mar. Cada vez se percibían mejor las crestas de espuma sobre las olas verdes. En la memoria de Miguel Espejo estalló el recuerdo del accidente sobrevenido un año antes en aquel mismo lugar. El aparato se hundió en el Báltico, cerca de la costa, y a los dos días fue hallado con todos los pasajeros y tripulantes en la cabina inundada». Este no es el caso. En la novela casi todo sucede de forma más feliz, salvo los lógicos rompimientos, predestinados por cuestiones sentimentales y por condicionantes familiares y sociales. La llegada es casi tranquila a pesar del confusionismo en la caja del aeropuerto al no disponer Espejo de las monedas adecuadas, lo cual le servirá para tomar el primer contacto con el Congreso y con el mundo exterior. «Soy Gyula Horvacz, de Budapest». Este hombre le servirá un poco de introductor en universo tan diferente al que ha dejado atrás Espejo, con sus diferencias de criterios y con toda la suerte de problemáticas que el personaje lleva consigo y que se irán conociendo desvelando a lo largo de la novela, ya que en la misma cada personaje tiene su propia historia, su leyenda particular, sus minutos de intimidad y sus siglos de violencia compartida con todo un entorno sabiamente reflejado en tantos y tantos mundos disparatados e inconexos como se van a dar cita en el aparatoso y no por ello, bien organizado Congreso.

Tal vez sean las reflexiones entre líneas del propio Miguel Espejo, catedrático de Soria, cuya figura se nos aparece un poco machadiana por el lugar común o por un particular criterio, las que nos lleven a situarle como verdadero prototipo latino en latitudes tan lejanas de su habitual geografía. Pero no sólo por su quehacer en medio del alboroto intelectual

<sup>3</sup> JOSÉ LUIS SAMPEDRO: *Congreso en Estocolmo*. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1983. 290 págs.

del Congreso, sino en su relación con las demás personas que irán apareciendo a lo largo y ancho de toda la novela, como si se estuviera descubriendo algo insólito en tanta inconsecuencia como puede cosecharse en una reunión de intelectuales ariscos y orientados, todos y cada uno, a prestigiar su propia labor, adulando de forma sistemática a los demás cuando están presentes y parodiando los logros ajenos cuando el autor de los mismos se encuentra ausente. Bueno, eso pasa en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y en cualquier congresucho de tres al cuarto que pueda celebrarse en La Rábida o en Getafe, tal vez sea cosa común a quienes aparecen nominados en cursillos y seminarios y se ven impotentes para transmitir alguna enseñanza en los breves días en que tiene lugar la celebración a que ha sido con-citado; el primer anfitrión de Espejo es Mattis Jöhr, quien hizo posible su llegada al Congreso, y que le introducirá de forma harto afable en su reducido círculo familiar, o sea el formado por él mismo, su esposa y su cuñada Klara, primer y somero vínculo sentimental de Espejo en las heladas tierras nórdicas. Ahí aparece la imagen del jefe de la delegación oficial española, el presuntuoso García Resines, con quien Espejo tendrá desigual comportamiento a todo lo largo del relato pero sin abundar las dosis de afectos en ningún momento. En estas circunstancias aparece Karin, y otros personajes de menor interés para el relato como Almberg y, de alguna mayor importancia por su relación con el Congreso, «el Premio Nobel finlandés Eero Saliinen, héroe de la guerra con Rusia en 1940 y presidente de la Academia finesa de Ciencias en 1950». Los primeros días son un torbellino de acontecimientos, de problemas, mejor o peor resueltos, y de cuestiones diversas, son para leerlos y vivirlos en la novela, importa poco su desarrollo en una crítica literaria de la obra. Sí importa, por ejemplo, la aparición de la hindú Ravenande para comprender, por ejemplo, las dificultades porque atraviesa el tercer mundo y su cometido en el congreso para obtener una fórmula, que logrará gracias al ladrón Gyula, que permita a los suyos adelantarse a las promesas de Occidente para posibilitar determinada vacuna a sus gentes, o comprender posteriores circunstancias poco agradables y que, terminarán de decidir el Congreso al enfrentarse, o enfrentar, dos mundos que, sibilinamente, se encuentran distantes, por decir algo, desde 1945 aproximadamente.

Importaría aquí menos hablar de los contenciosos de la obra que hablar de la obra en sí. Como otras veces podríamos decir, se trata de una novela redonda, aunque lo cierto es que esto podamos decirlo pocas veces, pues reduciendo algunos clásicos a la condición de narradores de interés y despojando anodinos valores a aquellos libros que la crítica destaca como primeros en ventas, pocas son las novelas que, de verdad, llegan al lector de manera grata y profunda. Tal vez «*Congreso en Estocolmo*», pese a su título en principio árido y poco novelesco, llega a ello, y no sólo la impronta que su autor sabe imprimirle de dotarla de datos de primera mano para comprender un mundo bastante alejado de la calle de Alcalá, sino, y también, porque en ella los personajes se desenvuelven como debe ser, o sea abarcando cualquier problema para reducir sus consecuencias y reduciendo las consecuencias de cualquier problema para abarcar todos los problemas que se pueden presentar al abarcar latitudes que, de todas formas, pueden y deben modificar nuestros hábitos culturales y sociales a la hora de esperar una convivencia con el resto del personal que deambula por la obra y que se comporta como individuos de carne y hueso, no como muñecos de cartón piedra invitados a una celebración más o menos satírica.

Tras un esforzado contacto con Klara, Espejo comprende que es Karin la mujer más

cercana a su idea de compañera, si bien permanece de forma muy arraigada su relación con María, la esposa que a veces aparece lejana, siquiera geográficamente, al saberla en Soria escribiendo sus cartas y esperando las noticias del matemático.

Aquí la prosa de Samp Pedro se hace sutil, reflexiva, indagadora. Los personajes recorren las páginas de su obra como enseñoreándose de la historia, como reviviendo magníficas secuencias para comprender todas y cada una de las escenas que tendrán lugar en la lejana Suecia, vista no sólo a través de la retina de Miguel Espejo, sino de la del propio autor, que disecciona una sorprendente realidad para quien no conozca la idiosincrasia nórdica y sus roles cotidianos. Así aparece la vida hogareña de los Johr, casi como un modelo de familia permisiva y, tal vez pese a ello, también un modelo de afectuosidad y comprensión, como es el hecho de que Klara, también un poco enamorada de su cuñado, decida abandonar a su hermana Karin, para tomar un apartamento en que vivir sola, de cara al mundo y a su propia aventura vital.

Llega la Delegación oficial española con su tono de reticencias y su pomposidad, un poco imperialista, que nada importa a Espejo, salvo algunos retazos con colegas hispanos, críticos del jefe de la delegación y, por supuesto, también admiradores del catedrático soriano. Poco o nada importan hechos como la supuesta magnificencia de Resines, frente a la confianza en su propio valor de Espejo y el efecto de los científicos nórdicos ante su obra, pronto reflejado al conocer en directo sus conocimientos, lo que decidirá a Resines a solicitar para Miguel la inclusión en la delegación oficial española, cuestión que al matemático importa bastante poco, ocupado como está, por entonces, en conocer a Karin fuera del entorno que le atenaza, es decir el Congreso. Es la época precisamente en que el húngaro Gyula llevará a la cama a la bella criada Sigrid Jensen, separada de su esposo por una simple conveniencia comercial, y que Klara conoce al chino formosiano Lao-Ting, acerca del cual poco o nada sabe hasta su primer encuentro. Todo está sucediendo bajo el cielo de Saltsjöbaden, lugar cercano a Estocolmo en que tiene lugar el Congreso. «Un sitio delicioso; le gustará».

El «trabajito» que Gyula hace para la Rawenanda es bien recompensado y, luego se verá, su producto sirve no para unir a Sigrid con su esposo, como el húngaro desea, sino para pasar una deliciosa velada juntos. La vida pasada de Saliinen desemboca en una cruel situación y las cuestiones que rodean al resto de los protagonistas nos llevarán a comprender que las reacciones de los hombres de su entorno habitual pueden modificar su propia conducta vital. Por ejemplo, el aparentemente frío y calculador Jöhr llega a convertirse en un indirecto aliado de Espejo para lograr un final feliz en Gotemburgo, del cual no se habla en esta crítica al menos para invitar a quienes estén interesados en el tema al esfuerzo nada considerable, por cierto, de leer el libro.

Las excursiones cercanas a Estocolmo no hacen más que desvelar que Suecia, el Báltico, es un mundo diferente para los latinos, y que al conocer tales latitudes supone un descubrimiento importante, por ejemplo el comprender que la vida también puede ser agradable a bastantes grados bajo cero o que los edificios de Estocolmo poseen una «serena nobleza» poco posible de calificar si no se ha llegado a conocer. Ahí tienen lugar pasiones, afectos, delicadas imágenes donde es posible cualquier ternura o cualquier satisfacción. Sólo aparecen en el horizonte algunos átomos de melancolía y ciertos datos de tantas experiencias personales donde el erotismo tiene algún valor, sin llegar a parrafadas obscenas o